

No llore, sea machito

Don't cry, be a man.

Valentina Lorena Olivares Licuime¹
valolivares.l@gmail.comValentina

Licenciatura en Comunicación Social
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Escuela de Periodismo, Chile

¹La autora realizó un intercambio estudiantil con la Licenciatura en Comunicación Pública de la Universidad de Guadalajara durante el período febrero de 2014 – junio de 2014

RESUMEN

El presente análisis es un intento de plasmar, lejos de los prejuicios, situaciones que ocurren en un concurrido espacio público: la Plaza Tapatía de la ciudad de Guadalajara. Lo anterior, centrando la mirada en la diversidad latente entre el género femenino y masculino, principalmente este último, que no es objeto recurrente de las investigaciones contemporáneas, a pesar de ser igualmente afectado por las representaciones heredadas de consensos colectivos.

PALABRAS CLAVE

Observación, espacio público, género, representación, masculinidad.

ABSTRACT

This analysis attempts to capture situations that take place in a popular public space: Guadalajara's Plaza Tapatía. The analysis focuses on the latent differences between feminine and masculine gender roles, with a special emphasis on the latter, which is not a recurring object in contemporary research even though it is equally affected by the representations inherited from collective consensus.

KEYWORDS

Observation, public space, gender, representation, masculinity.

Elaborado: marzo de 2014
Aceptado: noviembre de 2014



El abrasador sol de invierno mexicano tiene su reino en la Plaza Tapatía, en Guadalajara. Los segundos transcurren raudos, comparados con los pasos acalorados de unos cuantos estudiantes de comunicación, a los cuales se les brindó la misión de observar un céntrico espacio público, durante el lapso asignado otrora a una clase sobre métodos de investigación cualitativa en la Universidad de Guadalajara.

Todos poseemos un dispositivo con capacidad fotográfica. La misión es clara, capturar un encuadre de la realidad que nos resulte interesante de analizar, pero a la vez característico del lugar que pisamos. La mayoría registra situaciones similares, aunque ninguna de las cientos de fotos tomadas es igual a otra, al igual que los pensamientos que corren mientras el obturador se cierra.

El sitio es destino obligado de turistas en sus pasos por el estado de Jalisco. Los alrededores guardan en su memoria construcciones que resultan fácilmente apreciadas por su belleza estética, de acuerdo a los cánones establecidos y transmitidos durante generaciones en la historia.

La abundancia de piedra recuerda un pasado colonial y de dominación europea, que pugna por persistir en el avance de la modernidad, en el que se cambia una edificación con trayectoria por una tiendita departamental.

Al pensar en una plaza en cualquier lugar del mundo, uno de los primeros pensamientos que emergen en el imaginario colectivo es la presencia de vegetación. No obstante, sorprende la reducida cantidad de flora, que se encuentra en

su mayoría encarcelada por la necesidad (real o inventada) de aumentar los emplazamientos dedicados a la comodidad del hombre. Por ello no deja de sorprender que los mayores parajes de refugio sean bajo un generoso árbol, que presta sosiego ante la temperatura que no conoce la piedad.

En la Plaza Tapatía innumerables actividades se sincronizan en una danza de actividad bullente, sin perturbarse o interrumpirse en sus pasos. El espacio es parte de una obra dirigida por nadie. La masa más abundante de personas está dedicada al comercio, en el que se pueden encontrar productos de todo tipo: comida, artesanías y hasta fotografías.

EL ESPACIO ES PARTE DE UNA OBRA DIRIGIDA POR NADIE

Al detener la atención en los alimentos que se comercializan es innegable afirmar que estamos en México. Los restaurantes ofrecen tacos, lonches, tortas ahogadas y un sinnúmero de variedades alimenticias siempre

acompañadas del amado picante, proveniente de una o más variedades de chiles utilizados en la nación creadora del tequila.

Los vendedores ambulantes ofrecen papas fritas en bolsas transparentes, que en otro momento eran servidas con limón, pero que debido al alza de éste deben comerse sin más que el aceite y sal propios del producto. La gente las compra para saciar el hambre previo al almuerzo, optando en ocasiones por otras frituras de diferentes colores y sabores comercializadas a la par del mundialmente popular producto.

En cuanto a los fotógrafos que publicitan sus servicios, son amablemente rechazados.



El impulso creciente de la tecnología les está arrebatando el trabajo que probablemente sea su único sustento, pero también el deseo romántico de plasmar un momento irreversible en un especial tipo de papel.

Uno de los fotógrafos carece de dientes delanteros, lo que no ha sido motivo para que la sonrisa se borre de su rostro. La imaginación fluye y es inevitable reflexionar acerca de lo gratificante de su oficio y por ello terminar concluyendo la razón del gesto ante la conversación amena que sostiene con un hombre, quien al igual que él lleva colgada de su cuello una cámara.

Las artesanías en la Plaza Tapatía resaltan por su particular mezcla de tonalidades que intenta reflejar las tradiciones más típicas de México en un souvenir. Los vendedores están apostados en algunas mesas en un pequeño callejón que conecta a otra calle o simplemente en el suelo. Entre los objetos a la venta es posible encontrar sombreros, pulseras, mochilas, blusas detalladamente bordadas y muñecas de diferentes tamaños con adornos por doquier.

Gran parte de las personas que expenden artesanías guardan en sus rasgos físicos, es decir su piel morena y en la manera de vestir, parte de la cultura indígena mexicana. El proceso de blanqueamiento propio de Latinoamérica mengua las tradiciones del continente antes de las llegadas de los colonizadores, por lo que las mujeres —que en su mayoría están en el lugar— son invisibilizadas por el ajeteo propio de una metrópoli.

Sin embargo, el pasado no da tregua y subsiste. Los medios utilizados son variados, pero pueden ser resumidos en un sincretismo creciente que se burla de la dominación y disfraza lo propio

para seguir guardando un resto de narrativa de los nuestros para los que vendrán. Y así perder, a pesar de todas las vicisitudes.

Los peatones también se apropian de la ruta por el instante que duran sus pasos, para llegar a un destino desconocido para quienes sobre ellos lanzan una mirada desprevenida.

La plaza es un paseo que da paso además a los encuentros, que después de ocurridos continúan su ruta sin más. Lo anterior se podría explicar, quizás, por la cercanía de una estación de tren ligero y el reconocido mercado de San Juan de Dios, donde los deseos de consumo de productos de cualquier tipo son saciados a módicos precios.

El grupo humano que transita es el más variado, entre ellos se puede encontrar a turistas con rasgos claramente anglosajones que caminan con la mirada sorprendida de observar parajes disímiles a los propios del país de origen. Algunos de ellos cargan en sus espaldas grandes mochilas repletas de lo imprescindible para sobrevivir en el viaje, pero seguramente también un montón de sueños de aventureros.

Algunos escolares cruzan risueños los chorros de agua, capeando por segundos felices el calor que produce el sol en lo alto del cielo. Los recién entrados a la adolescencia son los que mayormente se hacen notar por el resto de la gente, debido a su nulo temor al ridículo por encontrarse con grupos de compañeros. Los chicos por ser día martes tienen la posibilidad de entrar gratuitamente al Hospicio Cabañas, entidad de gran valor histórico y cultural que se encuentra presentando instalaciones artísticas de gran contenido luminoso y cromático, pertenecientes al artista Buren.



La ruta principal de la Plaza Tapatía está provista también de familias de todo tipo y trabajadores. Los últimos es probable que se dispongan a continuar o iniciar su jornada laboral antes de que caiga un mediodía que no volverá jamás de la misma manera. Las miradas de los empleados están cargadas de concentración, fijas en el próximo paso a dar para alcanzar la rutina del día, planificada hace varias horas y que muchas veces no permite modificaciones.

El espacio es amplio y diverso, así como también sus usos que están insertos en un contexto histórico y situacional que no se encuentra en la realidad latente inmediata. Es necesaria la cavilación predeterminada para captar de manera consciente los procesos de desarrollo humano que se generan en el sitio público. Las diversas actividades pasan desapercibidas sin el empoderamiento del rol de espectador. El observador es un ente extraño a la situación, por lo cual tiene un punto de vista exterior a los acontecimientos. Es imprescindible el paso del tiempo para conformar parte del entorno.

El transcurso de los segundos transmuta la realidad. El constante vaivén de pasos, clics de la cámara fotográfica y miradas al entorno, generan un conocimiento más amplio de lo que sucede, permitiendo clavar la atención en sucesos que anteriormente pasaron desapercibidos.

Si bien en la Plaza Tapatía hay cientos de personas en constante actividad, hay muchos de ellos que se encuentran aparentemente sin hacer mucho: los hombres.

En el progreso de los metros el fenómeno se repite y todo lo demás se nubla para dar paso al interés creciente hacia las expresiones tangibles de los llamados, por toda la humanidad, el sexo fuerte.

Rudeza en reposo

Hombres mayoritariamente solos descansan en los distintos lugares que ofrece la Plaza Tapatía. Muchos de ellos se cobijan bajo un árbol o estructuras creadas especialmente para cubrir el sol. La mayoría lleva gorros y ropa de la cual sería difícil pensar que ha recibido un buen trato.

La actitud corporal de ciertos hombres da una señal de en qué momento del día se encuentran. Muchos de ellos hacen una pausa para continuar la búsqueda de trabajo, otros simplemente se sientan despreocupados de todo y todos para simplemente descansar, sin más preocupaciones que el calor.

LA REALIDAD SOCIAL NO ES UNA REACCIÓN ESPONTÁNEA

A pesar de estar muy cercanos físicamente, entre ellos no existe relación comunicativa. Parecen sumidos en los pensamientos propios y en cuanto problema una cabeza creativa pudiese imaginar. Miran al vacío cabizbajos, siendo muy pocos los que lanzan una mirada furtiva a lo que sucede a su alrededor con especial atención.

Hay hombres adultos de todas las edades. La clasificación por características tangibles no sería del todo una misión fácil. No obstante, casi ninguno se salva de proyectar la sensación hacia el exterior de que, en gran parte del tiempo, no hacen ninguna tarea considerada como productiva.



Además, las posesiones que portan con ellos son reducidas. Muy por debajo a lo que acostumaría transportar una mujer. Uno que otro resguarda una bolsa o una cartera con los indispensables documentos, pero en general sus pertenencias son escuetas, al igual que sus intenciones de abandonar el lugar en el que tan cómodamente se encuentran.

Sólo uno de los hombres observados lee un periódico, empaquetado en una camisa celeste, pantalón de clara tonalidad y zapatos trabajosamente lustrados. Es inevitable pensar que está en búsqueda de una oferta laboral, esperando encontrar una opción acorde a sus necesidades en la gama de solicitudes que publica un diario local.

Un anciano reposa de espaldas al tránsito de personas. Lleva un típico gorro mexicano y más de una capa de ropa. Ante las constantes obturaciones de la cámara se siente incómodo. Es evidente, ya que se contornea de un lugar a otro moviendo su cuerpo pero sin dejar su sitio. No se atreve a llamar la atención o interpelar por como descaradamente le roban la silueta en imágenes digitales.

El papel del hombre en la sociedad y más aún de las actitudes que se consideran como propias a su género, son impulsadas por comportamientos transmitidos por generaciones que los impulsan y a su vez coartan. Las expresiones humanas no son naturales, han sido gestadas a lo largo de los siglos, en un entramado de significaciones que mantienen un código en común en la sociedad. La realidad social no es una reacción espontánea.

El espacio público, si bien es materialmente el mismo para ambos géneros, no cumple una

función idéntica para el hombre como para la mujer. Es bien sabido que tanto en condiciones físicas, biológicas, así como psicológicas, no somos los mismos.

La observación de cómo se utiliza el lugar por parte de personas del sexo masculino inicia, inevitablemente, por contraste. Lo mismo que sucede en investigaciones, debates y temas académicos y de la vida cotidiana en el mundo entero, que actualmente centran su interés en las problemáticas que aquejan a las mujeres, tanto por la violencia, equidad en el trabajo y legislaciones sobre derechos reproductivos, entre otros cientos de aristas.

Muy por el contrario, la atención sobre qué significa ser hombre está carente de interés desde la mayoría de los focos de estudios, por no presentar un conflicto latente y sonoro entre las actuales condiciones que tienen las sociedades contemporáneas. Pero sobre ellos hay muchísimo que explorar, lo cual puede surgir desde una observación que podría parecer nimia en una plaza céntrica de una reconocida ciudad de México, para una situación acarreada desde el inicio de los tiempos, pero que en realidad es exponencial.

En primera instancia, las cavilaciones intentando delimitar las interpretaciones de ser hombre en el mundo entero surgen en un nivel de desentrañamiento de significados. No basta con aceptar que los hombres son considerados el sexo más fuerte, es preciso cuestionarse el porqué.

Debido a la creencia de superioridad en cuando a fuerza física, se considera que los varones están un escalón arriba en la evolución humana. Pero está olvidado cuánto los condiciona ello a lanzarse a la competencia despiadada por



conseguir el éxito, por los medios que sean necesarios. Este es el impulso para condicionar desde pequeños a los varones a las metas irrenunciables, en las que los sentimientos quedan relegados a un rincón oscuro y la violencia surge como uno de los caminos válidos.

Los hombres deben ser quienes proveen el hogar sin mayor cantidad de opciones en una sociedad claramente estereotipada que define roles. Los hombres están en la calle porque responden al llamado de su lugar, ya que la mujer se ha constituido por siglos como dueña del hogar desde las prácticas sociales. El hombre es quien descubre el mundo, la mujer quien lo apoya, se pregona, aunque sea inconscientemente.

En una segunda instancia, y por encontrarnos en un país representativo de la idiosincrasia latinoamericana, podemos hablar sobre el proceso de mestizaje vivido y cómo el abandono histórico del padre, la adoración mariana hacia la madre y la concepción de ser hijo huacho configura a las sociedades con un pasado indígena en América en general y a México en particular.

En esa instancia se puede advertir el dejo de abandono que se observa en los hombres que sólo esperan. Su destino está marcado por signos que se transmiten de padre a hijo y en el que aunque no existe una figura clara, hay objetivos a cumplir. Además, sumidos en una historia sin fin, en la que el hombre es un transportador de cultura y de ideales, más allá de las vicisitudes propias de lo cotidiano.

Los espacios públicos son el reflejo de los rostros del mundo. En ellos se pueden advertir tanto las carencias, como los problemas e incluso las conductas que están adentradas casi en nuestros genes sin permitirnos la huida. El camino es observar nuestra realidad para salvar a la humanidad. Interpretar o morir.

